

el relato

Va a llover, dicen abajo. Un rosa carmín tiñe las paredes del patinillo. Lloverá esta noche o lloverá mañana, asegura el que fue capitán de carabineros y luego comerciante, dueño de la semillería. Su voz es quebrada y aguda. De niño tendría timbre de seise, de mozo habrá sido el corpulento de barba cerrada, cejas espesas y corridas, fiera estampa de carabinero cabo, de carabinero sargento, aflautado chillón para mayor desasosiego. Con los muchos años se ha convertido en el mercader contradictorio, desconfiado, tajante cuando afirma o cuando niega, autoritario siempre y por eso resalta más el contrasentido de su descascarillada vocecilla de contralto echado a perder.

Las cuartillas, en blanco. Ha cambiado el tiempo, admite Bibiano, el vecino. Hablan como tantas tardes, de ventana a ventana, del tiempo, de mujeres, de los años de la guerra. Bibiano es oficial, pero de Juzgados, usa bigote fino, recto, teñido y cuida con primor de su ya no abundante cabello, mimándolo como si le despidiera conmovido. ¿Has visto el peinado de Bibiano? ¿Qué tiene de especial? Yo lo veo como siempre. Ha estrenado onda. Y me he de fijar, en la parva fantasía conque el de Juzgados convierte el mechón en tupé-voluta, para disimular

barrocamente su calvicie. Los vecinos hablan de mujeres cuando la de Bibiano —el otro es viudo— no anda cerca. Al viejo, entonces, se le escapa una risita y Bibiano se crece, engola su voz metálica, huera, y narra —él cree que de quedo, pero se le entiende nítidamente desde arriba— episodios de una larga y plural vida galante.

El morado total del patinillo enmarcado por la ventana, vuelve más amarilla la habitación y el papel sin estrenar que tengo sobre la mesa; un amarillo de luz eléctrica donde flotan las voces. Inexorablemente, lloverá. Bibiano puede equivocarse, pero el que fue capitán de carabineros está en lo cierto, como de costumbre. El lo sabe. Es una certeza que le viene de cierto dolor agudizado en los cambios de tiempo, allá en la cicatriz de un muslo, vieja reliquia de un balazo que recibió en Setenil. ¿Qué si yo conozco Setenil de las Bodegas? Allí me hirieron, no le digo a usted más. Y vuelve a contar la persecución por la serranía del hombre, no se me olvida, Rosauro Gómez Tinajas se llamaba, que se lanzó del tren en marcha con un saco de cartones de Lucky. El contrabandista corría como una liebre entre las matas, olivos y peñas y el teniente, porque por entonces era teniente, hizo un disparo al aire; el otro se detuvo, sacó una pistola y, rápido, le clavó una bala en una pierna. Cojo y todo el carabinero capturó, no dice si vivo o muerto, al contrabandista, que resultó del maquis. Aquello pasó, pero oiga usted, desde entonces sé cuando va a llover, no falla. Fue un buen servicio y el viejo se rejuvenece en sus adentros cada vez que lo cuenta. Dos meses hospitalizado en Ronda, oiga usted, y recién casado que estaba. Pero no crea usted que me dieron una medalla; me quedé con esta especie de barómetro, que eso es lo que conservo para toda la vida.

Debe estar nublado, pero desde aquí no veo el cielo, que imagino con nubes desgarradas, trágicas, en cárdeno poniente. Las últimas casas, el montículo negro con cipreses negros, a contraluz con la agónica hoguera. Dentro de nada, llegara el desamparo a los campos; el bailecito de las luces diminutas, los focos de la estación, el reguero de luminarias del paseo y un olor a tierra mojada, porque estará lloviendo detrás de la loma y el viento ha de traer anticipada la humedad fragante. Mañana, la carretera tendrá visos de hule oscuro, casi negro, y los árboles aguantarán la lluvia gris y plata que den lustre a sus

hojas, que oscurezcan y dé olor y brillo chorreante a sus troncos y a sus ramas. Lloverá sobre el agua escurridiza de las acequias, de la alberca y de la fuente, sobre los caminos del campo que se tornarán resbaladizos, fangosos o encharcados. El pueblo quedará más recogido, más íntimo, agazapado en la tristeza que apaga el fulgor de sus cales, que resalta el negro de las veletas, de los postes metálicos y de las rejas.

Las cuartillas, intactas. Cuenta Bibiano lo que le pasó después de la guerra con la mujer de un abogado, carraspea, se entusiasma y ha de bajar más la voz para que no le oiga más que el que fue capitán de carabineros. ¿Así de fácil? Así de fácil, como se lo cuento; no es porque yo lo diga, pero con las hembras, siempre me salí con la mía. Fue verla y acercarme y charlar así como un cuarto de hora, digo mal, durante diez minutos, y al saco. Tendrá la sonrisa imbécil, los ojos brillantes; estará temblón de puro entusiasmo, de bruces en la ventana. ¿Y aquella otra, en Algeciras? Cómo estaba, vecino, cómo estaba... Recién casadita era. En Algeciras no estuve yo más que un par de días por asunto de una diligencia.

Dentro de nada dejarán de hablar y cerrará cada cual su ventana. Yo también cerraré la mía y esperaré en esta funda amarilla y en silencio una idea siquiera, un punto de arranque para el relato. Las cuartillas aguardan. Tomo la pluma, la suelto de nuevo. La voz tajante de flauta cascada interrumpe al de Juzgados. ¿Y dice usted que le pasó en Algeciras? Una luz naranja se enciende arriba e ilumina el patinillo. El airecillo fresco, húmedo se cuela por la ventana. ¿Qué año? Me acuerdo perfectamente, en 1941; le diré más, en el mes de mayo, no se me olvida. La cuartilla se agita con el aire. ¿Quién era ella? Me levanto a cerrar la ventana y el Bibiano, entre risitas contenidas, detalla —tenía dos lunares juntos, en la espalda— en voz baja y entrecortada por el júbilo.

Silencio, por fin, entre los libros y las cuatro paredes. Con la ventana cerrada pronto hará calor, pero es preciso que escriba en estas cuartillas. Estoy envuelto de luz y relleno de sombras, como otras veces. Quizás mañana, cuando salga bajo la lluvia y respire a pleno pulmón como si quisiera sorber al paisaje recién estrenado... Cuando vea escurrirse el agua finamente sonora por entre la arboleda del paseo y cobre su tacto húmedo en las manos, tal vez encuentre el tono preciso.

Oigo un grito y luego otro y otros más de hombre, de mujeres. Abro de nuevo la ventana. Ha empezado a llover. Abajo un fogonazo y un estallido. En el rostro blanco del de Juzgados se abre un brote rojo, bajo el mechón teñido. Las mujeres, en una y otra ventana dan gritos de angustia, de miedo y el que fue capitán de carabineros sostiene con las dos manos una pistola. Cierro de nuevo la ventana. La cuartilla sigue vacía. Mañana acompañará la lluvia mi paseo bajo la arboleda. La misma lluvia que envolverá, impasible —no sé como pudo ser, pero si eran muy amigos, mire usted, todas las tardes echaban su ratito de palique— al estupor de unos cuantos y al silencioso y dolorido rencor de un hombre que no explicará lo que hizo —fue un mal momento, se volvería loco, ¿no le parece a usted?— por nada del mundo.